



Creación

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE TUNJA

Some reflections on the history of Tunja

*Antonio Gómez**

*Antropólogo. Magíster en Historia y Cultura. India. Escuela Superior de Economía,
Profesor de Historia y Cultura de América Latina. Helsinki, Finlandia.

Topografía de barrancos

En el siglo XIX el camino que venía de Arcabuco bajaba por el cerro de Motavita y entraba por el norte. Desde la cima de la loma se contemplaba en la distancia la ciudad derramada por la pendiente barrancosa con sus techos rojos bajando en líneas chorreantes que seguían los trazados de los meandros arcillosos. La tranquila y pacífica, la abúlica Tunja, enfriada por la eterna brisa del sur, aún no comenzaba propiamente cuando el viajero llegaba a la Fuente Grande después de pasar sobre el puente el arroyo que bajaba de los cerros. Fue allí en la Fuente Grande donde el español Jerónimo de Lebrón por primera vez en todo el continente americano logró cultivar trigo, allá por los años cuarenta del siglo XVI. Ese lugar había sido un centro populoso en la época indígena, y se extendía por los predios que hoy son San Ricardo, el barrio La María y la UPTC. En ese sitio se encontraba el templo de Goranchacha con los grandes monolitos fálicos con los que se rendía culto a la fertilidad, y que salieron a ras del suelo cuando se construyeron los cimientos del edificio central de la Universidad.

El viajero que entraba a Tunja en el siglo XIX y comienzos del XX en horas tempranas de la mañana se encontraba de manos a boca con un maremágnum de burros y arrieros que llenaban de agua los barriles en los pozos de la fuente para abastecer la ciudad. Si se trataba de eludir el camino congestionado a esa hora mañanera y se enfilaba hacia los barrancos, no se encontraba entre las breñas un sendero adecuado y forzosamente había que regresar de nuevo al camino, hoy la transversal once.

Pero el desfile de aguateros continuaba sin parar hasta desembocar un kilómetro más arriba en la Calle de los Burros. Cada día de la semana se movían como serpientes tambaleantes dos riadas de asnos, una subiendo y otra bajando en filas de dos o tres en fondo chapoteando y resbalando en el barro arcilloso. De pared a pared la calle estaba completamente copada por las angarillas que se tocaban, se astillaban y se unían como engranajes de piñones en la confusa trabazón de una marcha sin compás formando compactas escuadras cerradas como filas de falange.

Bordeando el camino que serpenteaba sorteando los barrancos más agrestes, y desperdigados aquí y allá, habían humildes ranchitos de adobe con techo pajizo en el borde de raquíuticos cultivos de maíz, zanahorias y lechugas, papas, cebollas y arvejas. El caminante tenía que andar todavía un buen trecho antes de encontrarse en las calles de la ciudad. Esta comenzaba en un angosto y descuidado puente de piedra que sorteaba el profundo cañón que a lo largo de los siglos había formado el arroyo de San Francisco. Aquel lugar se llamaba Tres Esquinas y corresponde en

la nomenclatura actual al punto de encuentro de la carrera décima con la Avenida Colón y la calle 24. La profunda cañada hendía aquel paraje y pasaba por delante de la iglesia de Las Nieves. Durante gran parte de la historia moderna sirvió como basurero que caía en pendiente de 45 grados hasta las turbias aguas del arroyo treinta metros abajo del nivel.

Se trataba de un lugar muy agreste y barrancoso para edificar viviendas sólidas, pero poco a poco los habitantes transformaron la topografía a golpes de pica y tenacidad y pudieron por fin construir casas de cimientos firmes, algunas de ellas cabalgando sobre las cumbres arcillosas, y otras semienterradas en las terrazas, hombros y escalones de la barranquera. Un poco más arriba, en la parte más ancha de la cañada, era imposible construir a causa del riesgo de inundación que siempre constituyeron los violentos chaparrones de abril, y por ese motivo durante siglos sirvió de basurero y muladar hasta que se empezó a construir allí a partir de 1939 el actual parque Santander.

El tesón de los constructores los llevó a intentar hacer un relleno que permitiera el paso hacia las calles centrales por detrás del convento de San Francisco, en lo que después sería el parque Santander. Fue así como poco a poco se fue formando sobre la basura acumulada allí desde la época indígena, una base más o menos sólida para construir la carrera 11 que abrió otra entrada hacia las calles centrales de la ciudad.

Pasando por delante de la iglesia de Las Nieves en dirección al centro se encuentra una superficie plana cuadrículada con las calles que trazaron los españoles. Ese sitio había sido ya aplanado por los indios para edificar allí las viviendas que rodeaban el cercado del Zaque y que se localizaba donde está hoy el convento de San Agustín.

Sobre otra sección aplanada, 400 metros al sur, donde está hoy el centro de la ciudad, se construyó la catedral, la casa del fundador y las oficinas administrativas, alrededor de una amplia plaza en la que se realizó durante siglos el mercado. Allí acudían cada cuatro días los indios de las poblaciones más vecinas trayendo a lomo de jamelgos y de burros o en las propias espaldas sus productos agrícolas en un forzado viaje de varias horas. La tradición de esas marchas y de esos mercados en la plaza de Tunja se remonta a muchos siglos anteriores a la conquista. Después, en 1919, se construyó en el occidente de la ciudad una plaza de mercado a la que después se le añadieron seis amplios pabellones y que es hoy en día el centro comercial Plaza Real de Tunja.

Se salía de la ciudad en dirección a Bogotá pasando por delante de la iglesia de San Ignacio por lo que es hoy la carrera 10. Unos 300 metros al sur se había construido un puente de piedra sobre el sucio arroyo que descendía de los cerros

de occidente y que pasaba muy profundo entre la barranquera. Igual que la que había en lo que después fue el parque Santander, aquel fue un lugar que durante siglos se usó como muladar y vertedero de basuras hasta que se inició la construcción del Bosque de la República en 1916, para conmemorar el primer centenario de los fusilamientos de los próceres de la independencia en aquel lugar.

Después de pasar el puente, el camino daba un brusco giro de 90 grados para pasar por detrás de la iglesia de San Laureano. Un angosto callejón en el que hacían eco los cascos herrados de las bestias, los pasos y las voces de los viandantes descendía hacia El Jordán, donde existió en el siglo XX un balneario de aguas heladas. El camino databa de la época indígena y continuaba hacia el sur por un sendero que seguía las curvas de nivel y las condiciones topográficas y que fue por eso casi idéntico al que después tuvo la vía férrea que se construyó en 1926.

El extremo sur de la ciudad no era muy diferente al del norte: desolados barrancos salpicados de casuchas abatidas de aburrimiento y enfermas de pobreza por entre las que discurría el camino a Bogotá después de liberarse de las uniformes cuadrículas de las calles tunjanas. Las dos hileras de toscas casas torcidas y jorobadas, de muros abultados como vientres hinchados y rotos se recargaban perezosamente la una en la otra escoltando a lado y lado el sendero que recorría el viajero en el trayecto hacia el Alto del Moral.

Se me viene ahora a la memoria algo que escuché en mi niñez y que nunca he podido constatar en ninguna fuente de información: alguien me dijo que cuando en un día nublado de finales de los años veinte pasó el famoso aviador Charles Lindbergh sobre Tunja, tomó las caprichosas formas y meandros de las barranqueras que la rodean por calles, castillos, plazas y avenidas.

Detalle. Tarde.
Acrílico sobre tela. 60 cm x 40 cm 2008

Cuando aterrizó afirmó que había sobrevolado lo que le pareció ser la ciudad más grande que había visto en todos sus viajes por el mundo. Bueno... conociendo el paisaje, no me sorprendería si este relato fuera cierto.

Al oriente de la ciudad había otra fuente, la Fuente Chica, muy cerca de donde desemboca en la ciudad el camino de Toca y que en la época indígena abastecía de agua al Cercado del Zaque y a las viviendas contiguas. El camino que conducía desde la fuente hasta el Cercado estaba recubierto de restos cerámicos en gruesas capas que todavía hoy aparecen cada vez que se abren los cimientos para nuevas calles y construcciones.

El mestizaje

El mestizaje comenzó inmediatamente después de fundada la ciudad. Los conquistadores tardaron en importar mujeres desde España, entre otras cosas porque a comienzos de la época colonial el viaje era toda una aventura de muchos meses de travesías y peligros. Para empezar, debían dejar sus pueblos de origen y aventurarse por los caminos españoles infestados de bandidos para intentar llegar a un puerto. Allí debían buscar pasaje en alguno de los pesados y lentos galeones que hacían la ruta desde Cádiz, Sevilla o Barcelona hasta alguna de las Antillas. Una vez allí había que encontrar un enlace con dirección a Cartagena. Recordemos que los primeros conquistadores tardaron ocho meses en remontar el río Magdalena desde Santa Marta hasta Bogotá y que aún después, cuando se hubo normalizado la navegación por el río, esa difícil travesía tomaba semanas. Por esos motivos fueron pocas las mujeres que se arriesgaron a viajar desde España. De este modo, ya a finales del siglo XVI se habían delineado en Tunja las clases sociales en las que en el último peldaño quedaron los indios, y en una especie de limbo racial y cultural, los primeros mestizos. Poco más tarde aparecieron los esclavos negros importados de África, cuando el exterminio de la población aborigen amenazaba con dejar sin mano de obra minera y agrícola a los conquistadores. Por esos años empezaron a llegar las primeras mujeres nacidas en España.

Desconozco cómo se produjo la mezcla racial entre conquistadores e indígenas. Pero dadas las condiciones en que se expropió violentamente a los indios de sus tierras, riqueza, religión y cultura, no es de extrañar que se hubiese dado un procedimiento arbitrario para acceder a las mujeres que careciesen de casi todo derecho civil y que solo pudiesen aspirar al humilde estatus de sirvientas a merced de sus amos. Además, eso es lo que pude comprobar en los trabajos etnológicos de investigación de campo que en mi juventud realicé en cinco diferentes tribus indígenas que habían sobrevivido por habitar en las márgenes del país y en las cuales puede afirmarse que la conquista, la explotación y la destrucción humana y cultural continúan.

norte, y luego, con la misma lentitud y solemnidad, otro paso hacia atrás. No dicen las crónicas qué ruta seguía el cortejo, pero es de imaginar que los pantanos que había en el norte de la ciudad obligaban a tomar el camino que bordeaba las primeras estribaciones de los cerros del noroeste pasando por la Fuente Grande.

Desde el punto de vista de los españoles, tan aberrantes prácticas, seguramente inspiradas por el mismísimo demonio, debían ser eliminadas para implantar el culto católico y reemplazar los ídolos aborígenes por los más aceptables ídolos de los santos y las vírgenes. Sobre los indios pesó siempre el riesgo de ser delatados y detenidos para ser azotados y torturados por practicar su religión ancestral, pues desde comienzos del siglo XVII se instaló en Tunja la siniestra y tenebrosa Inquisición. A todo lo largo y ancho de las regiones vecinas, las iglesias y capillas con sus balcones doctrineros terminaron por extirpar la religión aborigen de la que apenas sí pueden rastrearse hoy vagos vestigios ancestrales aplicando muy precisas pesquisas etnográficas. Los lugares en donde desde hacía siglos ocurrían milagros, apariciones, visiones y hechos extraordinarios siguieron siendo en la colonia sitios de peregrinación religiosa, pero ahora atribuidos a las nuevas divinidades impuestas por los conquistadores y de seguro celosamente supervisadas por los inquisidores en Chiquinquirá, Güicán, Monguí y muchos otros poblados. Debo añadir aquí que a mediados de los años 60 pude detectar entre los campesinos vecinos a la laguna de Iguaque la poco disimulada presencia de un evidente respeto a la memoria de la Madre Bachué.

La Colina

Un día de 1974 fui interrumpido en medio de una de mis clases por alguien que muy agitado me dijo que acababa de ponerse al descubierto una enorme piedra prehistórica labrada que estaba a punto de ser destruida con dinamita. En aquel momento estaban haciéndose las excavaciones para la construcción del barrio La Colina en predios de la universidad y hacia allí me dirigí a todo correr. Cuando llegué al sitio descubrí con alivio que otras personas conscientes, profesores, estudiantes, secretarías y funcionarios habían llegado antes que yo y que la voladura había sido detenida a tiempo. Nos amontonamos todos para admirar el enorme monolito fállico de más de seis metros de longitud y 17 toneladas de peso que empezaba a aparecer perpendicular a una zanja para el alcantarillado que se excavaba a pocos pasos del templo solar de Goranchacha y en el que se habían hecho ya dos barrenos para insertar en ellos los explosivos. De esa zanja y sus alrededores sacaban las excavadoras, trozos de ofrendas cerámicas, de cráneos humanos, de fémures, tibias, caderas y costillares de lo que a todas luces era un cementerio prehispánico.

Con toda urgencia llegó desde Sogamoso el doctor Eliécer Silva y entonces él y yo nos afanamos febriles en medio del polvo de las máquinas para intentar delimitar lo que claramente era un lugar de habitación, un centro de culto y un cementerio prehispánicos. Aquello era de no creerse: qué universidad ¡en el

mundo! se da el lujo de encerrar en su campus un templo prehistórico, un conjunto de megalitos, un pozo sagrado, los restos de un poblado densamente habitado, un cementerio arqueológico... y teníamos que salvar lo que pudiésemos porque eran más importantes las consecuencias legales de los incumplimientos de vencimiento de contratos con las empresas constructoras del barrio La Colina. Lamentable. Solo pudimos sacar con dudoso éxito y sin mucha técnica y metodología el esqueleto de una mujer anciana enterrada con la piedra de moler que usó en vida y que le depositaron allí como ofrenda. Las demás tumbas apenas si las vimos y solo algunas tuvimos ocasión de sondearlas, literalmente haciéndoles quites a las máquinas que nos envolvían en una polvareda en la que los operarios no podían vernos y que convertían la situación más que en peligrosa, en patéticamente ridícula. ¡Cuánta información arqueológica se perdió allí de manera irreparable! Mucho mejor sentido tuvo la brillante iniciativa de alguno de los arquitectos que años después diseñó las condiciones para conservar in situ lo que por siglos había estado ahí. Entonces, a la vista de quien entre en el edificio de la biblioteca que se construyó en el patio central de la universidad, según una foto que vi, se dispuso con exactitud informativa y didáctica la manera como enterraban los muiscas a sus muertos.

Conquista y colonización

La llegada de los dominicos y franciscanos a mediados del siglo XVI y poco años más tarde el arribo de los agustinos, remató la toma de posesión de la cultura aborigen que fue reprimida con los mismos violentos métodos con los que en España se perseguía a musulmanes y judíos. Lo que ocurrió a lo largo y ancho del continente no fue otra cosa que una continuación de la sistemática represión y destrucción religiosa y cultural que había caracterizado la reconquista de España y que se continuó haciendo después con la misma ferocidad en la conquista de América.

No tenían los indios ninguna posibilidad de defensa: la vista de esos extraños seres con pelos en la cara, era de por sí algo sobrecogedor. Como si fuera poco, sus torsos estaban cubiertos con armaduras hechas de un material insólito en cuyas superficies se rompían las puntas de las lanzas y las flechas. Las espadas y lanzas hechas de un material brillante, durísimo y desconocido para los aborígenes hendían los cuerpos y atravesaban y cortaban con un filo insólito. La presencia de monstruos nunca vistos, los caballos, entrenados para cocer, morder y embestir al enemigo, los aterrorizaba. Y por encima de todo, las armas de fuego que disparaban metralla y que causaban una carnicería de cuerpos desmembrados, despanzurrados, mutilados, cegados... simplemente los aterrorizaban. En casi todas partes del continente llegaron los indígenas a la muy obvia conclusión de estar siendo invadidos por demonios sobrehumanos que dominaban los rayos y los truenos. Nunca enfrentaron los muiscas mismos a los españoles, pero sí habían sido testigos de las victorias que los conquistadores tuvieron sobre los caribes, panches y muzos, y eso fue suficiente para convencerlos de la inutilidad de resistir con chances de ganar.

En donde antes habían estado las viviendas de los indios, empezaron a alzarse casas de adobe o iglesias y conventos de piedra en calles que seguían los trazos cuadrículares que diseñaron los conquistadores sin respetar propiedad alguna. Con el derecho del más fuerte, los españoles despojaron a los aborígenes de sus bohíos y sus predios, de sus cultivos, riquezas y cultura, y poco a poco, hasta de su propia religión y lengua, extirpados a golpes de férula y de brutalidad. Y de esta manera, una raza que en el pasado había brillado altiva, airosa y libre con estirpes de señores, en pocos años se vio reducida a la triste condición de abyecta clase social sin apenas derecho civil alguno.

Cuando escribo esto tomo conciencia de que tales tropelías contra los aborígenes fueron cometidas por mis antepasados españoles. No me cabe la menor duda: los que no mataron y atropellaron a los indios fueron aquellos que se quedaron en España, pero también allá, atropellando a moros y judíos.

Lo religioso

La Comisión Corográfica bajo la dirección del coronel Agustín Codazzi visitó Tunja en 1850. En la descripción que hace de la ciudad lo que parece sobresalir es el descuido y abandono en que se encontraban las calles y los puentes. Pero creo interesante acotar además estos datos textuales con respecto a lo religioso: “Tunja tiene 5.000 habitantes y de ellos 237 moran en los conventos, siendo 162 las mujeres así encerradas. Calculando que sean 13 los sacerdotes seculares, resultan 250 personas, o el 5 por ciento de la población, viviendo del culto, lo que en ningún otro lugar de la república sucede”.

Y por lo visto esto continuó por generaciones, porque los primeros recuerdos de mi niñez están asociados con vísperas y cohetadas, novenas, cuarenta horas, cuaresma, confesión y comunión cada primer viernes del mes y retiros religiosos. En una ciudad de tan poca extensión había nueve iglesias sin contar las capillas. Cada día se veían sotanas de curas, monjes y religiosas en cada calle, y muchas veces se escuchaban campanillas que tocaban monaguillos con roquetes blancos que anunciaban a un sacerdote con casulla llevando por la calle la eucaristía a algún enfermo y a cuyo paso la gente se postraba de rodillas. Rezo diario del rosario en la mañana o al atardecer, campanas llamando a misas, procesiones, y seminaristas con sotanas que con sus silbatos convidaban a los niños para enseñarles la doctrina. Todo esto estaba encerrado dentro de una tradición en la que no parecía haber cabida para otra cosa que la vida en función de la religión. Recuerdo muy bien que la primera vez que visité la costa atlántica quedé mudo de asombro ante el carnaval con que en Santa Marta se celebraba el Viernes Santo, un día que para alguien nacido y crecido en Tunja era de silencio, recogimiento, oraciones y procesiones. Y en todo esto se participaba por fuerza, pues, creyente o no, era imposible realizar otra actividad, por ejemplo escuchar música, porque fácilmente se hería las susceptibilidades de los católicos... es que cuando yo era

niño no se nos permitía correr, gritar e incluso reír o silbar, porque los adultos nos decían muy severos y serios que hacerlo era una ofensa e irrespeto al dolor de la Virgen por la pérdida de su Divino Hijo.

Los títulos de Tunja

Solo habían pasado dos años desde la fundación cuando el emperador Carlos V le adjudicó a Tunja el título de “Ciudad muy noble y muy leal”, del que durante siglos se ufanaron los españoles y sus descendientes. Pero luego, por azares del destino, del movimiento de los acaecimientos entre los vericuetos y virajes de la historia, se vio abocada a ostentar el de “Cuna y taller de la libertad”. Es difícil encontrar otra área geográfica en la que converjan sobre el mismo objetivo dos títulos tan contradictorios y excluyentes entre sí, pero acerca de los cuales generalmente los tunjanos no reflexionan cuando llevados por el orgullo patrio los traen como elementos de valor histórico.

